

y que se realizó de una manera todavía más impresionante de lo que ellos se podían imaginar.

Fué para ellos el cumplimiento de un deseo que parecía imposible, y lo fué también para todo el género humano. El hombre quería adorar, quería conseguir los dones del cielo, quería dar gracias por ellos, quería expiar sus pecados; en una palabra: quería ponerse en comunicación con Dios, reconciliarse con el cielo, comprar el amor, y con ese fin descubrió el sacrificio. Sacrificó ovejas, palomas, cabritos, toros, becerros; ofreció flores, ramas de árboles sagrados, jugos de plantas; llevó ante las aras los animales más puros y los más provechosos para su vida; multiplicó los holocaustos y las hecatombes; y, en su afán monstruoso y desesperado, llegó, empujado por un delirio de barbarie, a ofrecer la sangre de sus enemigos, de sus amigos, de sus doncellas, de sus hijos, y hasta su propia sangre. Nada, sin embargo, podía darle la seguridad de conseguir lo que pretendía. Parecía como si su anhelo quedase estrangulado, como si su voz se perdiese en el vacío. Y así era, efectivamente. La comunicación sobrenatural del hombre con Dios había quedado rota por la primera culpa; ni el anhelo del corazón humano tenía fuerzas para atravesar los espacios infinitos que le separaban de la divinidad; ni toda la sangre de los animales equivaldría jamás a un adarme de amor divino; ni, en su inmenso dolor, llegaría la tierra a encontrar una víctima digna del Señor ofendido.

Mas llegó «la noche en la cual fué El entregado», y en lo alto de los cielos resonó aquella frase con que un salmo profético había expresado los designios de la Trinidad Beatísima ante la impotencia irreductible de la Humanidad: «Rechazaste todo sacrificio y toda ofrenda, y entonces yo dije: Aquí estoy.» Quien así hablaba era la segunda Persona, el Verbo divino, engendrado antes del lucero de la mañana, que, compadecido de aquel esfuerzo porfiado e impotente en que se debatían los hombres, se

ofrecía como víctima de unión y reconciliación, la única que podía borrar la culpa y unificar lo que estaba opuesto. Y el Verbo se hizo carne, tomó la naturaleza humana en las entrañas de la Santísima Virgen y habitó entre nosotros. Era sacerdote eterno, y en cuanto hombre quiso hacerse hostia de propiciación, ofrenda de un valor infinito, porque al mismo tiempo era Dios; víctima que debía reemplazar a todas las víctimas que los hombres habían imaginado, realizando para siempre y de una manera perfecta el anhelo antiguo de la Humanidad pecadora, al entrar, una vez para siempre, en el Sancta Sanctorum en busca de la redención eterna. Esto se realizó con el sacrificio del Calvario. Y se realiza perpetuamente en el sacrificio del altar, que repite sin cesar para nosotros que vivimos veinte siglos después del paso de Cristo por la tierra, aquel sacrificio único del primer Viernes Santo. Porque así lo quiso Cristo en el exceso de su amor por nosotros, y así lo dió a entender en la noche de la última cena, cuando por un acto inolvidable hizo al Padre ofrenda sacerdotal de Sí mismo, dejando en nuestras manos, antaño vacías, el tesoro maravilloso de su Cuerpo y de su Sangre, por medio de la institución eucarística, que renueva, a nuestros ojos y para provecho nuestro, de una manera incruenta el sacrificio mismo de la Cruz. Y así tenemos la seguridad de ser escuchados, y somos íntimamente dichosos, más dichosos que Salomón, cuando, para inaugurar su templo, inmolaba 20.000 bueyes y 120.000 ovejas, porque disponemos del sacrificio eficaz, que, penetrando los cielos con virtud sobrehumana, derrama luego sobre la tierra su influencia bienhechora en frutos de paz y bendición. Somos dichosos porque, en medio de nuestra pobreza, cercados por las angustias de la vida, amedrentados por los gritos del corazón, siempre insatisfecho, mutilados y mil veces defraudados en nuestras ansias de eternidad, tenemos ese precio del amor, y esa escuela de sabiduría, y esa prenda de quietud, y ese manan-